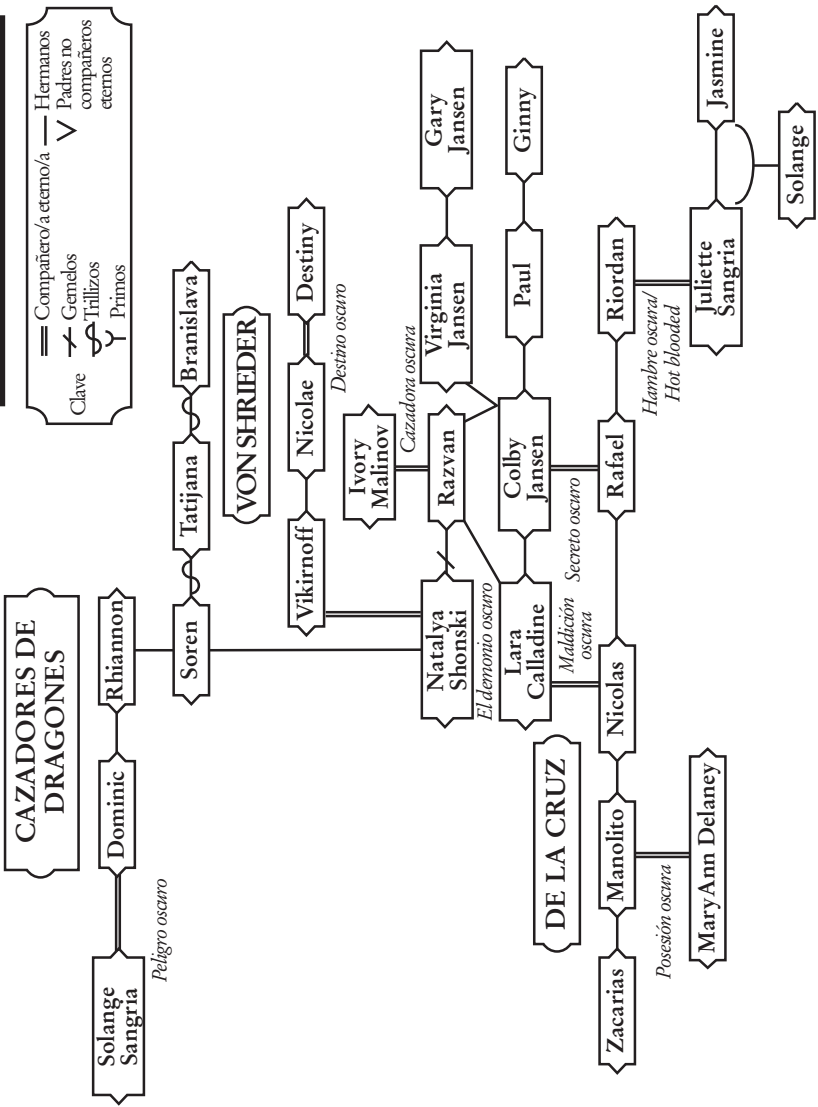


# LOS CARPATIANOS





# Capítulo 1

---

El humo le quemaba los pulmones, se elevaba a su alrededor en oleadas arrolladoras, alimentado por los numerosos incendios de la selva tropical circundante. Había sido un batalla larga y muy reñida, pero ya había terminado, y estaba destrozado. Aunque la casa principal había quedado destruida en su mayor parte, habían logrado salvar los hogares de la gente que trabajaba para ellos. Se habían perdido unas pocas vidas, cada una de ellas muy lamentada, por supuesto; aunque no por él. Contempló las llamas con ojos hundidos. No sentía nada. Miró los rostros de los muertos, hombres honorables que habían servido a su familia con dedicación, vio a sus viudas afligidas, los niños llorosos, de nuevo sin sentir... nada.

Zacarías De La Cruz se detuvo tan sólo un momento para inspeccionar el campo de batalla. Donde antes se extendía exuberante la selva tropical, con los árboles alzándose hasta las nubes, hábitat de flora y fauna, ahora las llamas ascendían a los cielos y el humo negro manchaba el cielo. El olor a sangre era abrumador; los cuerpos muertos, destrozados, miraban con ojos sin vida el cielo oscuro. La visión no le conmovió. Lo inspeccionó todo con mirada despiadada, como observando desde la distancia.

No importaba dónde, ni en qué siglo, la escena siempre era la misma. Durante los largos y oscuros años, había visto tantos campos de batalla que había perdido la cuenta. Tanta muerte. Tanta brutalidad.

Tanta matanza. Tanta destrucción. Y él siempre en medio, un oscuro depredador despiadado, rondando cruel e implacable.

Llevaba la sangre y la muerte grabadas en sus propios huesos. Había ejecutado a tantísimos enemigos de su pueblo a lo largo de cientos de siglos que ya no sabía existir sin cazar... o sin matar. Para él no había otra forma de vida. Era un depredador puro, había reconocido este hecho mucho tiempo atrás; igual que lo reconocía cualquiera que se le acercara.

Era un legendario cazador carpatiano de una estirpe casi exterminada, viviendo en un mundo moderno pero aferrado a las costumbres antiguas de honor y deber. Su especie dominaba la noche y dormía durante el día, y necesitaba sangre para sobrevivir. Casi inmortales, llevaban existencias largas y solitarias de las que se desvanecían el color y la emoción, hasta contar sólo con el honor para mantenerse en el camino elegido: la búsqueda de la única mujer que podría completarles y devolverles tanto el color como la emoción. Muchos se rendían y acababan matando a las personas de cuya sangre se alimentaban, sólo por sentir el ardor, sólo por sentir algo. Y como consecuencia se convertían en la criatura conocida más vil y peligrosa: el vampiro. Zacarías De La Cruz, igual de brutal y violento que los no muertos, era un maestro en darles caza.

La sangre manaba constante de sus numerosas heridas y el ácido venenoso del vampiro penetraba hasta sus huesos, pero notó la calma invadiéndole en el momento en que se dio la vuelta y se alejó andando tranquilo. Los incendios seguían ardiendo con furia, pero sus hermanos podrían apagarlos. La sangre ácida del ataque de los vampiros empapaba la tierra gimiente y agraviada, pero también en este caso sus hermanos extraerían el veneno repugnante para erradicarlo.

Su brutal y severa existencia llegaba a su término. Por fin. Tras más de mil años de vivir en un mundo vacío y gris, había logrado todo lo que se había propuesto hacer. Sus hermanos estaban salvaguardados. Cada uno tenía una mujer que le completaba. Vivían felices y sanos, él les había librado de su peor amenaza. Cuando sus enemigos aumentarían en número otra vez, sus hermanos les superarían incluso. Ya no necesitaban su protección o liderazgo. Era libre.

— ¡Zacarías! Necesitas curarte. Necesitas sangre.

Era una voz femenina. Solange, la compañera de vida de Dominic, su más viejo amigo, cambiaría las vidas de los carpatianos para siempre con su sangre real pura. Él era demasiado viejo, maldición, demasiado apegado a sus costumbres y, oh, estaba demasiado cansado como para emprender la clase de cambios necesarios para seguir viviendo en este siglo. Se había vuelto tan obsoleto como los guerreros medievales de tiempo atrás. El sabor de la libertad era metálico, cobrizo, la sangre manando, la esencia misma de la vida.

—Zacarías, por favor. —Había un temblor en la voz de Solange que debería haberle afectado, pero no sucedió. No sentía como los demás. No le influía la piedad, el amor ni la dulzura. No tenía un lado más bondadoso, más amable. Era un asesino. Y se le acababa el tiempo.

La sangre de Solange era un regalo increíble para su gente; lo reconoció pese a su rechazo en ese momento. Beberla brindaba a su pueblo la habilidad de caminar bajo la luz del sol, a la que los carpatianos eran vulnerables durante las horas del día, sobre todo él. Cuanto más depredador, cuanto más asesino, más hostil resultaba la luz del sol. La mayoría de su gente le consideraba el guerrero carpatiano que caminaba al borde de la oscuridad, y sabía que era cierto. La sangre de Solange le había dado ese motivo final para liberarse de su oscura existencia.

Zacarías inspiró otra bocanada de aire humeante y siguió alejándose de ellos sin dirigir una mirada atrás ni reconocer el ofrecimiento de Solange. Oyó a sus hermanos llamarle alarmados, pero continuó caminando, sin detener la marcha. La libertad se hallaba lejos y tenía que llegar allí. Lo había sabido mientras arrancaba el corazón del último atacante vampiro que intentaba destruir a su familia. Sólo había un lugar al cual quería ir. No tenía sentido, pero eso no importaba. Iría.

—Zacarías, detente.

Alzó la vista mientras sus hermanos se dejaban caer del cielo y formaban un muro sólido ante él. Los cuatro. Riordan, el más joven. Manolito, Nicolás y Rafael. Eran buenos hombres, casi percibía su amor por ellos —tan elusivo— fuera de su alcance. Le bloquearon el paso para impedirle llegar a su objetivo; y nadie ni nada podía interponerse

—nunca— entre él y lo que quería. Un gruñido retumbó en su pecho, la tierra tembló bajo sus pies. Ellos intercambiaron una mirada inquieta, con el miedo relumbrante en sus ojos.

Esa mirada de miedo tan intenso en sus propios hermanos debería haberle dado que pensar, pero no sentía... nada. Había enseñado a estos cuatro hombres sus habilidades combativas y técnicas de supervivencia. Había luchado durante siglos a su lado y les había cuidado. Les había guiado. En algún momento incluso tuvo recuerdos de amor por ellos. Ahora que se había desprendido del manto de la responsabilidad, no quedaba nada. Ni siquiera esos débiles recuerdos para mantenerle. No podía recordar el amor ni la risa. Sólo la muerte y la matanza.

—Apartaos. —Una palabra. Una orden. Esperaba que obedecieran como todo el mundo le obedecía. Aunque había acumulado riqueza más allá de lo imaginable en sus largos años de vida, en los últimos siglos ni una sola vez había tenido que recurrir al dinero para salir de un apuro o abrirle una puerta. Una palabra era todo lo que necesitaba para que el mundo temblara y sus deseos se cumplieran.

Se apartaron a su pesar, demasiado despacio para su gusto, y le dejaron pasar.

—No lo hagas, Zacarías —dijo Nicolás—. No te vayas.

—Al menos cúrate las heridas —añadió Rafael.

—Y aliméntate —le instó Manolito—. Necesitas sangre.

Se giró en redondo y todos retrocedieron con el miedo transformándose en terror en sus ojos. Él sabía que tenían motivos para estar asustados; los siglos le habían modelado, le habían puesto a punto hasta hacer de él un depredador violento y brutal, una máquina asesina. Tenía pocos rivales en el mundo. Y andaba al borde de la locura. Sus hermanos eran grandes cazadores, pero matarle requeriría las destrezas de todos ellos y ninguna vacilación. Todos tenían parejas eternas. Todos tenían emociones. Todos le querían. Él no sentía nada, contaba con esa ventaja.

Había dejado ya de contar con ellos, abandonó su mundo desde el momento en que les dio la espalda y se concedió la libertad de abandonar sus responsabilidades. No obstante, sus rostros, tallados con profundas líneas de pesar, le detuvieron por un momento.

¿Cómo sería sentir una pena tan profunda? ¿Sentir amor? *Sentir*. Tiempo atrás habría contactado con sus mentes para compartir vivencias con ellos, pero desde que tenían parejas eternas, no se atrevía a correr el riesgo de mancillarles con su oscuridad interior. Su alma no sólo estaba destrozada; Zacarías había matado con demasiada frecuencia, se había distanciado de todo lo que apreciaba para proteger mejor a quienes quería. ¿Cuándo había llegado al punto de no poder tocar sus mentes con seguridad y compartir recuerdos? Hacía tanto que ni recordaba.

—Zacarías, no lo hagas —rogó Riordan, con el rostro crispado por el mismo profundo dolor visible en las facciones de cada uno de sus hermanos.

Habían sido su responsabilidad durante demasiado tiempo, no podía alejarse así, sin darles algo. Se quedó ahí un momento, solo por completo, con la cabeza alta, los ojos llameantes y el largo pelo ondeando en torno a él mientras la sangre goteaba constante por su pecho y muslos.

—Os doy mi palabra de que no tendréis que cazarme.

Era lo único que tenía para ellos. Su palabra de no convertirse en vampiro. Podía descansar, y buscaba ese descanso final a su manera. Se apartó de ellos, de la comprensión y alivio en sus rostros, y una vez más inició su viaje. Tenía que irse lejos si quería llegar a su destino antes del amanecer.

—Zacarías —llamó Nicolás—. ¿Adónde vas?

La pregunta le dio que pensar. ¿Adónde iba? La compulsión era fuerte, imposible ignorarla. De hecho, aminoró el paso. ¿Adónde se dirigía? ¿Por qué la necesidad era tan fuerte en él, pese a no sentir nada? Pero había algo, una fuerza oscura le conducía.

—*Susu...* a casa. —Susurró aquella palabra. Su voz viajaba con el viento, el tono grave resonaba en la misma tierra bajo sus pies—. Voy a casa.

—Tu casa está aquí —manifestó Nicolás con firmeza—. Si buscas descanso, respetaremos tu decisión, pero quédate con nosotros, con tu familia. Éste es tu hogar —reiteró.

Zacarías negó con la cabeza. Se sentía empujado a dejar Brasil. Ne-

cesitaba trasladarse a algún otro lugar y tenía que irse ahora, mientras aún hubiera tiempo. Con los ojos rojos como llamas y el alma tan negra como el humo, se transformó para adoptar la forma del gran águila arpía.

¿*Vas a los Cárpatos?* Quiso saber Nicolás mediante su vínculo telepático. *Viajaré contigo.*

*No. Voy a mi lugar... solo. Tengo que hacer esto solo.*

Nicolás le envió todo su cariño, le envolvió de afecto.

*Kolasz arwa-arvoval.* Que mueras con honor. Había pesar en su voz, en su corazón. Pero Zacarías, aunque lo reconocía, no podía reproducir ese sentimiento, ni siquiera una pequeña punzada.

Rafael habló mentalmente con apego. *Arwa-arvo olen isäntä, ekäm.* Que el honor te acompañe, hermano mío.

*Kullesz arwa-arvoval, ekäm.* Camina con honor, hermano mío, añadió Manolito.

*Arwa-arvo olen gaidnod susu, ekäm.* Que el honor te guíe hasta casa, hermano mío, dijo Riordan.

Hacía mucho que no oía la lengua materna de su pueblo. Hablaban los idiomas y dialectos de los lugares donde se encontraban, fuera donde fuese. Asimismo, adoptaban nombres según cambiasen de un país a otro, incluso el apellido, pese a que los carpatianos nunca lo habían usado. Su mundo se había alterado enormemente con el tiempo. Siglos de transformación, siempre adaptándose para amoldarse, y no obstante nunca cambiaba de verdad, ya que el mundo de Zacarías sólo tenía que ver con la muerte. Por fin iba a regresar a casa.

Esa frase sencilla no significaba nada... y todo. No había tenido un hogar en más de mil años. Él era uno de los más viejos, desde luego uno de los más mortíferos. Los hombres así no tenían hogar. Poca gente les invitaba a sentarse junto a su fuego, qué decir en su hogar. Por lo tanto, ¿qué era volver a *casa*? ¿Por qué había usado esa palabra?

Su familia había establecido ranchos en los países donde patrullaban, en todo el Amazonas y sus afluentes. Su área era muy extensa, cubría miles de kilómetros, lo cual dificultaba la vigilancia, pero tras haber establecido relaciones con varias familias humanas, las distintas casas estaban siempre preparadas cuando ellos llegaban. Iba hacia una



de esas casas, por lo tanto tenía que recorrer el largo trayecto antes del amanecer.

Su rancho peruano estaba situado en el extremo del bosque ecuatorial, a pocos kilómetros de la i griega que formaban los ríos antes de verterse en el Amazonas. Incluso esa zona estaba cambiando poco a poco con los años. Su familia había aparentado introducirse en ella con los españoles, con nombres inventados, indiferentes a como sonaban, pues a los carpatianos les importaba poco cómo les llamaban los demás. No sabían que iban a pasar siglos en la zona y que, de hecho, se familiarizarían con ella más que con su patria originaria.

Zacarías bajó la vista y observó la bóveda de selva tropical mientras volaba. También estaba desapareciendo, un cercenamiento constante que no entendía. Había tantas cosas del mundo moderno que no entendía, y la verdad, ¿qué importaba? Ya no era su mundo ni su problema. La compulsión del momento le tenía más perplejo que las respuestas a la desaparición del ecosistema. Pocas cosas despertaban su curiosidad, aun así este impulso abrumador de regresar a un lugar en el que había estado apenas un par de veces era inquietante en sumo grado. Porque el impulso era una necesidad, y él no tenía necesidades. Era abrumador, y a él nada le abrumaba.

Pequeñas gotas de sudor cayeron sobre las nubes brumosas que rodeaban los árboles emergentes, elevándose aquí y allá por encima de la propia bóveda verde. Podía notar el miedo de los animales a su paso. Más abajo, un grupo de douroucoulis, monos nocturnos muy pequeños, daba brincos y realizaba acrobacias asombrosas en las capas intermedias de las ramas, mientras él pasaba por encima. Algunos se alimentaban de frutos e insectos mientras otros permanecían atentos por si aparecían depredadores. Por lo general chillaban para dar la alarma en cuanto detectaban un águila arpía, no obstante, mientras sobrevolaba la familia de monos, se hizo un silencio completo y misterioso.

Sabía que no era la amenaza de un ave de gran tamaño volando sobre ellos lo que dejaba el bosque tan paralizado. El águila arpía permanecía a menudo quieta en las ramas durante largas horas, a la espera de que apareciera la comida idónea. Descendía a velocidad pasmosa para atrapar un perezoso o un mono de los árboles, pero por regla ge-

neral no cazaba volando. Los mamíferos se escondieron, pero las serpientes alzaron la cabeza a su paso. Cientos de arañas del tamaño de un plato se arrastraron por las ramas, migrando en la dirección de su vuelo. Los insectos se levantaron a millares a su paso.

Zacarías estaba acostumbrado a las señales que marcaban la oscuridad que existía en él. Ya se había sentido diferente cuando era un joven carpatiano. Su habilidad para la lucha era natural, innata, la llevaba marcada casi antes de nacer. Su reflejos eran veloces, su cerebro trabajaba muy rápido. Tenía la facultad de evaluar una situación a la velocidad de la luz y daba con un plan de batalla al instante. Mataba sin vacilación, incluso a edad temprana, y era casi imposible detectar las ilusiones que proyectaba.

La oscuridad se había intensificado con el tiempo, pero ya ensombrecía su alma mucho antes de perder las emociones y el color; y ambas cosas las había perdido antes que otros de su edad. Lo cuestionaba todo, y a todo el mundo. Pero su lealtad a su príncipe y a su pueblo era inquebrantable, algo que le había ganado el odio eterno de su mejor amigo.

Volaba con fuertes alas, rápido a través de la noche, ignorando las heridas y su necesidad de sangre. Mientras cruzaba la frontera y descendía un poco sobre el dosel verde, notó cómo aumentaba su compulsión. Necesitaba estar en su rancho peruano. Lo necesitaba, así de sencillo. La selva se extendía bajo él, una oscura maraña de árboles y flores, con el aire cargado de humedad. Musgos y enredaderas formaban largas barbas fluidas, que casi llegaban a las lagunas acuosas, los arroyos y los riachuelos. Los helechos enredados pugnaban también por hacerse espacio, trepando sobre largas raíces expuestas en el oscuro suelo inferior.

El águila se dejó caer a través de las ramas cubiertas de flores, lianas y todo tipo de insectos ocultos en la mezcolanza exuberante de vegetación. Mucho más abajo oyó la suave llamada de una rana de San Antonio a su pareja, y luego se añadió al coro un sonido áspero mucho más chirriante. Una vibración casi electrónica se sumó a la sinfonía cuando cientos de voces diferentes se elevaron en un *crescendo*, y luego, de repente, se quedaron en silencio con un desasosiego escalofriante.

te, poco natural, mientras el depredador se aproximaba y pasaba por encima.

El oscuro cielo nocturno se convirtió en un gris perla más suave cuando el amanecer empezó a colarse, tomando posesión del reino poderoso de la noche. El águila se dejó caer desde la bóveda verde describiendo una espiral sobre el claro donde estaba situado el rancho. Con su aguda visión alcanzaba a ver el río discurriendo como una gruesa cinta que dividía la tierra. Las suaves laderas daban paso a riscos empinados, profundos barrancos que cortaban el bosque. Los árboles y la vegetación serpenteaban por el terreno rocoso, como una oscura maraña de espesura decidida a reclamar lo que le habían arrebatado.

Unas pulcras vallas dividían las laderas, con cientos de reses salpicando sus pastos, mientras el ave sobrevolaba las quebradas y el valle. Cuando la sombra pasó sobre ellas, alzaron las cabezas, agitadas, temblando y chocándose mientras se volvían a un lado y a otro en un intento de identificar el peligro que olían.

El águila voló sobre varios campos y casi media hectárea de huertas, todas bien atendidas, como era de esperar, por el clan familiar que servía a los De la Cruz. Todo estaba limpio, reparado con meticulosidad, cada tarea realizada con sumo esmero. Los pastos y los campos dieron paso a grandes corrales donde los caballos daban vueltas y sacudían la cabeza inquietos mientras los sobrevolaba. El rancho se extendía por debajo de él como un cuadro perfecto que no era capaz de apreciar.

Mientras se acercaba al establo, una oleada de calor recorrió sus venas. En lo más hondo del cuerpo del ave, donde no debería sentir nada en absoluto, su corazón dio un leve brinco al que no estaba acostumbrado. La extraña palpitación casi hace que se caiga del cielo. Cauteloso por naturaleza, no se fiaba de lo que no entendía. ¿Qué podía precipitar aquel calor por sus venas? Estaba agotado de la larga batalla, el largo vuelo, y la pérdida de sangre. Pero su ansia palpaba con cada latido de su corazón, le clavaba sus garras intentando imponer la supremacía. El dolor de las heridas que no se había molestado en curar le estaba destrozando como un martillo neumático omnipresente, perforando sus huesos.

Semanas atrás había estado a punto de convertirse en vampiro, pues era tan fuerte el deseo de aliviar aquel vacío, de aliviar la negrura de su alma, que ahora su reacción no tenía sentido. Estaba en baja forma, necesitaba sangre. Nuevas muertes mancillaban su alma. No obstante, notaba esa extraña reacción en las inmediaciones de su corazón, ese calor que pulsaba por sus venas con expectación. ¿Algún truco? ¿Un reclamo dispuesto por un vampiro? Algo se le escapaba.

El águila arpía plegó lentamente toda la envergadura de sus alas, de más de dos metros, y clavó las zarpas, grandes como las garras de un oso pardo, en el techo del establo mientras las plumas de la cabeza formaban una cresta enorme. El gran depredador se quedó quieto por completo, con su aguda vista desplazándose sobre el terreno inferior. La visión era asombrosa desde dentro del cuerpo del ave, y su oído se potenciaba aún más con la concentración de ondas de sonido gracias a las plumas más pequeñas que formaban su disco facial.

Los caballos del corral situado a escasa distancia reaccionaron a su presencia, moviéndose inquietos y echando la cabeza hacia atrás mientras se amontonaban en un grupo más compacto. Varios relinchaban con inquietud. Una mujer salió entonces del establo, con un gran caballo siguiéndola. Zacarías fijó de inmediato la atención en ella. Tenía el pelo largo hasta la cintura, recogido en una trenza tan gruesa como su propia muñeca. El largo cordón de cabello atrajo su mirada. Mientras se movía, los mechones entrelazados relucían como seda hilada.

Hacía siglos que Zacarías sólo veía colores sombríos, grises y blancos apagados. La trenza era fascinante porque era de un negro verdadero. Casi estaba hipnotizado por el largo y oscuro cabello, por los mechones relucientes pese a que aún no había salido el sol. En algún lugar en las inmediaciones de su tripa, creyó que su estómago daba una lenta voltereta. En un mundo donde todo era igual y nada le conmovía, esa pequeña sensación suponía el estallido de una bomba. Por un momento se quedó sin aliento, estremecido por aquel extraño fenómeno.

El caballo que seguía a la mujer no llevaba silla ni bridas, y en cuanto salió del edificio empezó a danzar con inquietud desasosegada, agitando la cabeza y entornando los ojos, alrededor de ella. Los caballos eran Pasos Peruanos purasangre, una raza reconocida no sólo por su

andar natural sino por su temperamento. La mujer dirigió la mirada a los animales que corrían en círculo en el corral —no era usual que estuvieran nerviosos— y luego alzó una mano tranquilizadora al caballo parado sobre dos patas, tan cerca de ella. Le puso la mano en el cuello y a continuación alzó la mirada hacia el águila posada tan quieta sobre el techo.

Esos oscuros ojos chocolate penetraron justo a través de las plumas y los huesos del águila, directos a Zacarías. Notó el impacto como una flecha perforando su corazón. *Margarita*. Incluso desde esta distancia alcanzaba a ver las cicatrices en su garganta, donde el vampiro había desgarrado sus cuerdas vocales cuando ella se negó a desvelar al no muerto el lugar donde él descansaba. En otro tiempo había sido una joven despreocupada, o él así lo imaginaba, pero ahora alguien la estaba utilizando para atraparle.

Todo tenía sentido ahora. La compulsión de venir a este lugar, de pensar que era su hogar. ¿Estaba ella poseída por un vampiro? Sólo un maestro sería capaz de crear un hechizo así y mantenerlo activo, sólo un maestro como sus viejos enemigos, los hermanos Malinov. Los cinco hermanos habían crecido con Zacarías. Habían luchado juntos durante casi quinientos años. Pero sus amigos habían decidido hacerse vampiros, entregar sus almas en su ansia de poder. Y optaron por reunirse a los no muertos en una conspiración contra el príncipe y el pueblo carpatiano.

Dominic había descubierto su último complot y se había quedado para defender las propiedades de los De la Cruz en Brasil. Consciente de que los vampiros pondrían a prueba su plan de ataque en el rancho antes de caer sobre el príncipe, Zacarías les había esperado. Ningún vampiro escapó con vida, ninguno pudo regresar para contar a los Malinov que su plan había fallado.

Zacarías era consciente de la ira de los Malinov y su odio amargo y constante hacia él y sus hermanos. Sí, bien podría ser la revancha por la derrota del ejército Malinov, pero ¿cómo habrían llegado hasta aquí antes que él? Eso tampoco tenía sentido.

El águila arpía sacudió la cabeza como si la despejara de pensamientos perturbadores. No, era imposible que se reagruparan tan deprisa

para otro ataque. En cualquier caso, los caballos, que apenas toleraban su presencia, nunca permitirían que les tocara el maligno, y sin embargo Margarita estaba acariciando el poderoso cuello de ese animal. Por lo tanto, no estaba poseída.

A Zacarías le intrigaba la extraña sensación en su pecho. Casi alivio. No quería tener que matarla, no después de estar a punto de sacrificar su vida por él en una ocasión. No obstante, si era incapaz de sentir emoción alguna, de ninguna clase, ¿por qué entonces notaba aquella agitación en cuerpo y mente desde su regreso a este lugar? Nada de esto tenía sentido. Dobló su vigilancia, pues no confiaba en lo que no le era familiar.

Un calor se filtró en el cerebro del ave, la impresión sosegadora de un saludo amistoso. El águila reaccionó, ladeó la cabeza y miró fijamente a los ojos de la mujer. Zacarías notó que el ave intentaba una aproximación a ella. La mujer era sutil en su contacto, tan leve que apenas estaba ahí, pero su don era poderoso. Incluso la gran ave de presa de la selva tropical caía bajo su hechizo. Notó cómo su propia mente y cuerpo reaccionaban, se relajaban y la tensión se esfumaba. Ella había ido más allá del ave y encontrado la naturaleza más salvaje y menos domesticada de Zacarías.

Sorprendido, retrocedió, se replegó aún más en el interior del cuerpo del águila, sin dejar de observarla de cerca cuando ella se concentró de nuevo en calmar a los caballos. No le llevó demasiado sosegarles hasta el punto de lograr permanecer en pie calmados, pero sin dejar de observar al águila, conscientes de que un depredador aún peor estaba enterrado dentro del animal.

Margarita rodeó el cuello del animal y luego dio un brinco. Fue un movimiento fácil, ejercitado; ella pareció fluir por el aire, toda gracia, hasta colocarse sobre el lomo del animal, que retrocedió de inmediato unos pasos debido a la presencia del depredador —de eso estaba seguro— más que al hecho de haber sido montado por la muchacha. A Zacarías se le cortó la respiración y su corazón se aceleró con un redoble estruendoso; otro fenómeno peculiar. El gran águila extendió las alas casi antes de que Zacarías diera la orden. El movimiento fue más instintivo que meditado, una necesidad inmediata de mantener segura a la

muchacha. Margarita se inclinó sobre el cuello del caballo con una orden silenciosa, y corcel y amazona corrieron con fluidez sobre el terreno en perfecta simbiosis.

Una vez convencido de que no corría peligro, Zacarías plegó las alas y observó, clavando aún más las garras en el tejado mientras el caballo volaba por encima de la valla y alargaba el paso. Ella se mantenía erguida mientras el trote elegante del animal seguía un repiqueteo armonioso y rítmico, tan amable que su centro de gravedad, donde iba sentada Margarita, se mantenía casi estacionario.

Intrigado, Zacarías entró en contacto con la mente del animal. Ella controlaba a la montura... y sin embargo no lo hacía. El caballo la aceptaba, quería complacerla, disfrutaba con la fusión de ambos espíritus. Margarita desplegab su hechizo sin esfuerzo, retenía al caballo unido a ella mediante su don: una conexión profunda con los animales. No parecía ser consciente de hacer nada especial, tan sólo estaba disfrutando de esta cabalgata al amanecer... igual que el caballo.

Por lo tanto, éste era el motivo de aquella extraña agitación en mente y cuerpo. Su don. Ella tocaba todo lo salvaje, y él no estaba domesticado para el caso. No había ninguna amenaza del no muerto, sólo estaba esta mujer con su inocencia y su luz. Debía de haber dado otra orden al caballo, porque el animal cambió el paso y adoptó un movimiento fluido y gracioso que hacía rodar las patas delanteras desde el hombro hacia el exterior mientras avanzaba. Llevaba la cabeza alta, con orgullo, la crin ondeante, los ojos brillantes, y exaltación en cada movimiento.

Era un momento perfecto, el momento perfecto para poner fin a su vida. Ella era... hermosa. Libre. Avanzaba con fluidez sobre el terreno, como agua fresca. Todo por lo que él había luchado... todo lo que nunca había sido. El águila extendió las alas y voló en espiral, observando desde la altura a caballo y jinete mientras atravesaban el terreno a toda prisa pero con una facilidad increíble.

Durante toda su vida, incluso en su juventud, cuando los soldados luchaban a lomos de sus monturas, había en él demasiado de depredador como para que un caballo pudiera llevarle. En esos días había intentado cualquier cosa —excluido el control mental— que le permitiera

cabalgar, pero ningún caballo podía soportarlo. Se estremecían y temblaban bajo su figura, incluso cuando procuraba calmarlos.

Margarita volaba sin esfuerzo sobre vallas, sin silla ni bridas, jinete y caballo exudando dicha. Los siguió mientras se apresuraban sobre el terreno irregular, aunque por el suave paso del caballo parecía que flotasen. Margarita echó ambas manos al aire mientras salvaban una valla, aferrándose al caballo con las rodillas y guiándolo con la mente.

El caballo cambió el paso con fluidez para trotar sobre el prado y volvió a describir un amplio círculo para regresar. Margarita lanzó al águila una oleada amistosa y, una vez más, el calor y la dicha invadieron a Zacarías. Él le había donado su sangre en aquella otra ocasión; pero no había tomado la sangre de la muchacha. La boca se le hizo agua. Sus dientes se alargaron y la llenaron, y el hambre estalló en su interior irradiando necesidad a cada célula. Hizo ladearse al ave de súbito y se dirigió otra vez hacia el establo. Se negaba a correr riesgos con su autocontrol.

En una ocasión había estado a punto de renunciar a lo poco que quedaba en su alma. Haría honor a la palabra dada a sus hermanos. Ningún carpatiano tendría que jugarse la vida por dar caza a Zacarías De La Cruz. Él elegía su destino, y había optado por salvar su honor. Se entregaría al amanecer, sin bajar la cabeza, aceptando la muerte. Su última visión sería el regreso de la mujer: la joven Margarita y su luz difundiéndose desde su interior, mientras volaba con fluidez sobre el terreno a lomos de un hermoso corcel. Retendría hasta encontrar la muerte la visión de la joven haciendo justo lo que soñaba de muchacho: cabalgar con el animal como un solo ser.

El águila aterrizó con gracia sobre el terreno situado al lado del establo. Haciendo caso omiso de los caballos aterrorizados en el corral adyacente a la estructura, retomó su forma humana. Era un hombre grande, todo músculo, con el pelo largo y suelto. Líneas profundas tallaban su rostro con lo que algunos describían como una belleza brutal. Algunos decían que su boca era sensual y cruel. La mayoría coincidía en que era aterrador. Justo en ese momento, se sentía absolutamente cansado: tan agotado que incluso le costó buscar a su alrededor un lugar donde sentarse. Quiso dejarse caer ahí mismo sobre la hierba fresca.



Se obligó a moverse mientras buscaba un lugar adecuado para sentarse y observar el sol al elevarse sobre el bosque. Se hundió con lentitud en el blando suelo, sin importarle que el agua empapara sus ropas con el rocío matinal. Tampoco se molestó ya en regular su temperatura ni en curar sus heridas. Tomar aquella decisión le produjo cierta satisfacción, por primera vez en su existencia no notaba la carga de la responsabilidad. Encogió las rodillas, dobló las manos y apoyó la barbilla en la pequeña plataforma que preparó para poder ver al caballo y su jinete, mientras el Paso seguía con fluidez con el andar natural por el que era tan famoso.

Notó el picor del sol en su piel, pero no era la sensación terrible que había sufrido toda su vida. Solange le había donado sangre en dos ocasiones para impedir que se convirtiera en vampiro. Zacarías había puesto mucho cuidado en evitar la sangre de Solange una vez que se percató de que podía pasar las horas del amanecer al aire libre sin repercusiones. Otros miembros de su especie podían aguantar el amanecer, y había quienes de hecho podían caminar por la calle durante la mañana sin la ayuda de Solange. Pero en su caso, al tener un alma tan oscura, hacía tiempo que compartía con los vampiros la necesidad de retirarse y protegerse incluso del sol matinal.

Absorbió la visión de Margarita, lo más cercano a la felicidad que un hombre sin emociones podía estar. Había recompensado la lealtad de la muchacha salvándole la vida, y además había dado instrucciones de proporcionarle todo lo que quisiera en el rancho. No adornaba con joyas sus dedos o su cuello. Vestía ropas sencillas. Pero vivía para los caballos, incluso él se daba cuenta de eso. Él le había dado... vida. Y por extraño que pareciera, ella le había dado... libertad.

No fue consciente de cómo pasaba el tiempo. Los insectos seguían en silencio, los caballos habían dejado de dar vueltas y se amontonaban cuan lejos podían en un rincón del corral, agrupados muy juntos, moviéndose y piafando inquietos, apenas capaces de tolerar su presencia. Poco a poco su cuerpo reaccionó a la salida del sol, con el extraño y pesado mal de su estirpe.

Zacarías se estiró boca arriba en el suelo, con la cabeza vuelta hacia la visión de Margarita que se aproximaba hacia él. Ahora la luz del sol

penetraba su ropa y tocaba su piel como un millón de diminutas agujas perforando su carne. Pequeñas volutas de humo empezaban a elevarse desde su cuerpo al iniciarse la combustión. No podía moverse, pero tampoco trataba de hacerlo. Ella era hermosa. Fresca. Inocente. Una satisfacción se asentó en lo más profundo pese al dolor creciente. Mantuvo los ojos abiertos deseando —no, necesitando— que la visión de Margarita cabalgando permaneciera en su corazón cuando pasara a su siguiente vida.

Tal vez observarla con demasiada atención, atrajera la mirada de la joven, o quizá la conducta extraña de los animales e insectos la puso en alerta, pero ella volvió la cabeza y su mirada encontró la de Zacarías. El carpatiano vio su jadeo y la forma repentina en que apretó las rodillas en torno al caballo, instándole a avanzar.

*¡No! Atrás. No te acerques a mí. Aleja al caballo y márchate.*

Zacarías no captó ni una pequeña vacilación que indicara que sus palabras habían llegado a su mente. El caballo pasó volando sobre la valla y, cuando empezó a agitarse de temor, ella detuvo al animal y descendió de un brinco. El Paso pateó el terreno y Margarita le dirigió un ceño contrariado, luego hizo un ademán en dirección al corral. Al instante el Paso Peruano corrió hacia la valla, la salvó y se unió a los otros animales en el extremo más alejado.

Margarita se aproximó a Zacarías con cautela, como se acercaría a un animal salvaje, con una mano estirada y la palma hacia él, moviendo los labios en silencio como si no se hubiera acostumbrado del todo al hecho de no poder hablar. El calor inundó su mente como un bálsamo calmante que le comunicaba que ella no iba a hacerle daño.

Zacarías hizo un esfuerzo para moverse, pero la maldición del sol había caído sobre él. Ella se acercó un poco más, haciendo sombra, tapando con su cuerpo la salida del sol. Tenía unos ojos oscuros e intensos, que le miraban con una mezcla de miedo palpable y preocupación por él.

*Déjame. Vete ahora.* Transmitió la orden a su cabeza directamente, junto con la impresión de un gruñido, de una orden absoluta.

Margarita se agachó a su lado y le tocó el brazo humeante con gesto de preocupación, pero retiró la mano de golpe para soplarse las puntas de los dedos.

*Es mi decisión. Déjame morir.* No sabía si sus órdenes penetraban en ella. No pestañeaba ni le miraba como para confirmar que le oía.

Desde el nacimiento, habían educado a Margarita para obedecer a los miembros de su familia. Sin duda no iba a desafiarle. Ella sabía lo fácil que era que un cazador carpatiano al borde de la locura se convirtiera en vampiro. El no muerto ya le había despedazado la garganta. Notó cómo le temblaba la mano al percibir el calor de su brazo. Se había quemado los dedos al tocar su piel. Se concentró en ella e insistió en imponer a su mente la compulsión de dejarlo en paz. Había demasiada compasión en ella y demasiada audacia hasta para desobedecer a alguien tan poderoso como él.

Su compulsión dio con una mente que le costaba entender. No porque encontrara barreras, más bien parecía que sus técnicas se disiparan como el humo, así de simple.

Margarita se quitó la cazadora corta y flexible y la arrojó sobre la cabeza de Zacarías para cubrirle la cara y los ojos. Él notó que le cogía por la muñeca y empezaba a arrastrarlo por el húmedo pasto. A su paso, las briznas de hierba se volvían marrones. Oyó el siseo de los pulmones de la muchacha y supo que se estaba quemando la mano, pero ella no se detuvo.

Por primera vez en largos siglos, una ira asentada en lo más profundo se arremolinó en su vientre y bulló ahí, por el hecho de que alguien osara desafiar su orden directa. Ella no tenía derecho, y sabía que no debía hacer esto. *Nadie me desafía jamás.* Desde luego ningún ser humano, y sin duda ninguna mujer. Menos aún una de sus sirvientas, de una familia que había recibido protección y riquezas de todo tipo, más de lo que hubieran imaginado nunca.

Había elegido la muerte. Estaba preparado y tranquilo con su decisión, aceptaba su compromiso. Ésta era la peor clase de traición.

*Lamentarás tu desobediencia,* juró.

Margarita no le hacía caso o no le oía. Para ser sincero, él no sabía qué le pasaba, ni le importaba. Ella iba a pagar. Se le clavaron piedras en la espalda, luego un trozo de madera, mientras ella se las apañaba para meterle dentro del establo. El sol dejó de quemarle vivo, aunque el pinchazo de las agujas continuaba penetrando su piel.

Lo enrolló diestramente con una lona, sin retirarle la chaqueta del rostro. Incluso le dobló los brazos sobre el pecho antes de hacerlo. Se sentía una criatura indefensa. Aquellas acciones eran tan indignas y erradas que despertaban algo monstruoso en él. Se retiró como el animal salvaje que era, esperando su momento; habría un momento. Ella ya conocía el terror de un vampiro despedazándole el cuello, pero eso no sería nada en comparación con el terror a Zacarías De La Cruz buscando venganza por sus pecados.

Margarita intentó enganchar la lona a uno de los caballos, lo supo por el aroma y por el golpeteo de los cascos del animal protestando al estar tan cerca de él. Podía haber dicho a la muchacha que ningún caballo toleraría su presencia, pero se mantuvo quieto, esperando el resultado del error de la joven. La falta de fuerza del caballo no la detuvo. Oyó el sonido de sus pasos y cómo empezaba a tirar ella misma de la lona con la ayuda del arnés. Sabía que estaba sola por el sonido de su respiración, la manera en que escapaba de sus pulmones con varios jadeos repetidos.

Le pareció significativo que no pidiera ayuda. Un grito... de acuerdo, ella no podía gritar. Pero debía de tener alguna manera de atraer la atención. Los hombres que trabajaban en el rancho acudirían en su ayuda si mandaba una señal, pero debía de saber que Zacarías les ordenaría que le dejaran morir; y ellos sí obedecerían. La feroz quemadura en sus entrañas era cada vez más ardiente, tanto que por unos momentos pensó si tal vez se habrían quemado también sus órganos internos a través de la piel.

No veía nada en absoluto, pero notó cada golpe de las piedras y la fiera llama del sol mientras le arrastró desde el establo hasta la casa del rancho. El calor abrasador tenía un efecto asombroso, expulsaba todo pensamiento cuerdo hasta dejar sólo el deseo de gritar de sufrimiento. Le invadía de forma gradual, una lenta calcinación que se filtraba a través de la piel y el tejido hasta el hueso.

Intentó desactivar el dolor como había hecho durante siglos, pero la quemadura incesante del sol era algo que no podía compartimentar, como había hecho con tantas otras heridas. Incluso con la lona envolviéndole, notaba las llamaradas que perforaban su cuerpo como flechas

ardientes. El calor hervía su sangre y las llamas alcanzaban sus entrañas. No podía gritar ni protestar, ni hacer nada aparte de ser arrastrado por el patio hasta lo que suponía era la casa del rancho.

Margarita resopló con fuerza mientras subía todo su peso por las dos escaleras que llevaban al interior. Así que se encontró dentro de los muros gruesos y frescos, dejó caer el arnés y cruzó la habitación a toda prisa. Pudo oírla correr las gruesas cortinas para tapar todas las ventanas.

*Sufrirás por tu desobediencia como nadie ha sufrido jamás, prometió, lanzando las palabras a su cerebro.*

Tuvo de nuevo la impresión de que las palabras se escurrían por alguna rendija, como si ella no pudiera entender lo que le decía, pero no importaba. Esperó mientras desenrollaba con cuidado la lona y, cuando los bordes se separaron, abrió de golpe sus ojos oscuros, encontrando la mirada de la joven. Se le escapó un largo y lento siseo, una promesa de venganza brutal, en esta ocasión sin dar lugar a malentendidos en su significado.